

WALKER EN CENTROAMERICA DE LORENZO MONTUFAR RIVERA*

Arturo Taracena Arriola

A Anaís, que ama la polémica

La reedición del libro Walker en Centro América, edición destinada a Costa Rica del tomo VII de la Reseña Histórica de Centro América de Lorenzo Montúfar Rivera, la cual fue publicada entre 1877 y 1888, es un paso importante para rehabilitar su figura como historiador y político.

Montúfar Rivera fue uno de los principales personajes centroamericanos que luchó por vencer militar y diplomáticamente a William Walker y a los filibusteros. Lo hizo desde la escena política costarricense durante los años de 1856 a 1858.

Esta bella edición, completada con notas, anexos, facsímiles y fotografías, pone en manos del lector una de las más importantes interpretaciones históricas decimonónicas de lo que Montúfar Rivera consideraba fue "el suceso que más conmovió a la región desde su independencia.

* Edición del Museo Histórico Cultural "Juan Santa María" de Alajuela, a cargo del Dr. Carlos Meléndez Chaverri y del Licenciado Raúl Aguilar Piedra.

Tal mérito editorial les corresponde a don Carlos Chaverri, a quien homenajeamos hoy, y a nuestro amigo y colega, Raúl Aguilar Piedra. Pienso que el mejor esfuerzo que puedo aportar es compenetrarme de su labor y señalar algunas ideas sobre mi compatriota, el historiador y el actor histórico.

Lorenzo Montúfar Rivera jugó un papel de primer orden en el gobierno costarricense durante el conflicto contra los filibusteros. Fue Ministro de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública de Costa Rica. No desde mayo de 1857, sino desde 19 de septiembre de 1856 —justo cuando comenzaron a movilizarse las fuerzas aliadas desde León— hasta el 4 de agosto de 1857, un poco antes de que se abriese el juicio contra William Walker en Nueva Orleans a raíz de su derrota en Centroamérica.

En ese lapso de 25 meses como canciller costarricense, solamente se vio obligado a dejar el cargo, durante el intermedio de dos meses —del 20 de febrero al 13 de abril de 1857—, por haber sido nombrado embajador plenipotenciario de Costa Rica ante el gobierno de El Salvador con el propósito de lograr un mejor apoyo militar de ese país. En ese lapso fue sustituido por Joaquín Bernardo Calvo.

Es decir que, después del Presidente Mora y del General Cañas, y junto con Calvo, fue el hombre más importante en la conducción del Estado costarricense durante la coyuntura bélica contra William Walker y los Filibusteros.

El olvido del papel de Lorenzo Montúfar Rivera en Costa Rica por los costarricenses viene de muy atrás. Ya en la publicación de sus Memorias autobiográficas en 1889 —el año de su muerte—, su hijo Rafael Montúfar Madriz se quejaba en una de las notas del editor de la siguiente manera:

“En la inauguración del monumento que el Gobierno de Costa Rica erigió el año de 1895 en San José a los héroes del 56 y 57, nadie mencionó el nombre del doctor Montúfar como uno de los que habían trabajado contra Walker, a pesar de haberse recordado los de las personas que de una manera más o menos importante figuraron en aquella época”.

Era un tanto injusto, pues uno lee en sus Memorias el elogio que hace del papel desempeñado por los costarricenses:

“Los acontecimientos más notables verificados durante ella nos ponen de relieve los personajes más conspicuos que en aquella gloriosa epopeya descuellan. Son Juan Rafael Mora, su hermano José Joaquín Mora, el general José María Cañas y todos los valientes cuyos servicios describe el general Máximo Blanco en la interesante narración con que da cuenta de todos los sacrificios ejecutados por los costarricenses hasta obtener la rendición de Walker. Muchas cosas más hay que decir en honor de Costa Rica y de sus valientes defensores; pero todo esto corresponde más a la historia que a unas memorias. En la ‘Reseña Histórica’ Refiero todo lo ocurrido...”.

¿De dónde viene tal olvido?

A mi juicio, éste se debió a la transformación que estaba dándose en la interpretación histórica propia a la construcción del nacionalismo costarricense. Ya en 1992, Steven Palmer en su ensayo “Sociedad anónima, cultura oficial. Inventando la Nación en Costa Rica, 1848-1900”, aparecido en el sugerente libro *Héroes al gusto y libros de moda*, que editó con Iván Molina y, recientemente, Yolanda Dachner, en su tesis *De la nación centroamericana a la patria chica* (2000), señalan cómo, a partir de la década de 1880, desde las páginas del Diario de Costa Rica, Joaquín Bernardo Calvo Mora y sus colaboradores, fueron los inventores de la Campaña Nacional, tal y como ahora se le denomina a este país. El propio Calvo Mora la definió así en sus Apuntamientos geográficos, estadísticos, históricos, aparecidos en 1887.

De hecho, tal interpretación está esbozada en el Acuerdo Oficial del 9 de abril de 1886 por medio del cual se pide a Montúfar Rivera escribir sobre las “guerras nacionales de los años 1856 y 1857 contra los filibusteros”, las cuales constituyen “uno de los períodos más notables de la vida política de Costa Rica”, pues era de “urgente necesidad escribir la historia patria para salvarla del olvido” y, sobre todo, confrontarla a la propia versión de William Walker en su Historia de la guerra de Nicaragua.

Asímismo, en el contrato del 19 de abril de 1887, se afirmaba que el objeto del trabajo de Montúfar Rivera era el de “escribir la historia de las guerras nacionales de 1856 y 1857”.

¿Qué entendía cada quién por guerras nacionales?

Para los costarricenses, ya se ha visto, la heroica y decisiva participación de su país en contra del filibusterismo.

Para Montúfar Rivera, sin negar la importancia decisiva de ésta, ante todo, narrar el suceso que más había “conmovido a Centroamérica desde la independencia”, como lo escribió en el prólogo del libro que presentamos, Walker en Centroamérica.

Por ello, la interpretación del conflicto provocado en el istmo por el fenómeno del filibusterismo, Montúfar Rivera lo maneja con una visión histórica global, que incluye el despegue de los Estados Unidos como potencia, el surgimiento del golden rush, el dominio de la vía interoceánica, las contradicciones para el desarrollo del capitalismo norteamericano por la persistencia de la esclavitud, las vicisitudes de la guerra civil en Nicaragua, la sobrevivencia ante el concierto de las naciones de las nóveles soberanías de los países centroamericanos, etc.

Pero, este debate historiográfico costarricense no se limitaba a Calvo Mora y Montúfar Rivera. Tenía también como trasfondo la interpretación del historiador nicargüense Jerónimo Pérez, quien luego de escribir en 1865 sus Memorias para la Historia de la Revolución de Nicaragua, escenario reducido al país de origen del conflicto bélico, como en la obra de Walker, en el segundo tomo, aparecido en 1873, ya éste es concebido como Memorias para la Campaña Nacional contra los Filibusteros. Una campaña nacional que ya no veía a Centroamérica como la Nación, sino a Nicaragua.

Las historias patrias empezaban a consolidarse en los estados del istmo y Lorenzo Montúfar Rivera, centroamericanista convencido, no dejaba de sentirse incómodo frente a ello.

Un elemento más en este contexto. Los editores del presente volumen ven una detracción en la crítica que Montúfar Rivera hace a la figura de Juan Santamaría. A mi juicio, éste lo que hizo fue avanzar una hipótesis del apareamiento de la misma en la historia oficial costarricense. Consideraba que, tras la caída del presidente Mora se quiso opacar su figura y, por ello, el 15 de septiembre de 1864, en su discurso, José de Obaldía inició la creación de un nuevo héroe nacional de la guerra contra Walker. Para Montúfar Rivera, no cabía la menor duda, tal héroe había sido y debía ser Juan Rafael Mora, por el talento demostrado como estadista, una calidad muy rara entre los políticos centroamericanos.

Pero, ¿es la obra de don Lencho Montúfar —como se le dice cariñosamente en Guatemala— una interpretación historiográfica sólo de Centroamérica o también de cada uno de los países que componen el istmo?

Durante mis años de docencia en la UCR me di cuenta que casi ningún investigador o estudiante ha utilizado o utiliza los siete tomos de la *Reseña Histórica* como fuente de interpretación de la historia de Costa Rica. Me llama la atención puesto que no sólo el VII volumen está dedicado a la interpretación de la Campaña Nacional, sino que en los seis anteriores, Montúfar Rivera escribe en total 383 páginas dedicadas a la interpretación de la historia costarricense del período que corre de 1829 a 1860, en especial de las administraciones de Carrillo, Castro Madrid y Mora. Lo equivale, si juntamos los diversos capítulos, al total de uno de los volúmenes de la misma *Reseña*.

Interpreta tan sólo 30 años de la vida republicana de este país, 15 de los cuales fue actor de primer orden en la política, como hace otro tanto con los países centroamericanos. Es decir, no en balde, en Costa Rica fue cinco veces ministro en tres diversos gobiernos entre 1856 y 1874; dos veces Ministro de Relaciones Exteriores y dos de Instrucción Pública, y una vez de la Guerra. Asimismo, fue dos veces rector de la Universidad de Santo Tomás, varias veces magistrado de la Corte Suprema de Justicia y redactor del *Boletín Oficial* durante la coyuntura de la guerra contra Walker.

Ello me lleva a las críticas que se le han hecho como historiador liberal. Desde la realizada por William Griffith en

su ensayo "La historiografía en América Central desde 1830", aparecida en 1960, hasta las que le señalan los editores de la presente edición:

- Escritor oficialista de la historia liberal de Guatemala;
- Maniqueísta en su interpretación histórica, la cual es reducida a la lucha entre liberales y conservadores;
- Uso de métodos nada correctos, como no reconocer que careció de información o de fuentes, entre ellas las diplomáticas, para escribir su interpretación de la Guerra Nacional;
- Hábito de no citar correctamente a los autores que consulta y/o abusar de ellos (en el caso de Manuel Montúfar y Coronado, Alejandro Marure, William Walker, Jerónimo Pérez, etc.);
- Exceso de anexos documentales, lo que lleva a pensar que su obra es más que todo anales que interpretación;
- Elimina o altera las evidencias contrarias a sus posturas, en especial la de los conservadores;
- Interpreta documentos en forma irregular y subjetiva;
- Abuso del orden cronológico.

Tal diagnóstico del quehacer historiográfico de Lorenzo Montúfar Rivera es injusto como balance general, sin que por ello no acepte que existen elementos concretos para señalarle la práctica de algunos de ellos, como, por ejemplo, el de evitar tener una percepción objetiva de la actuación y el legado conservador. Yo veo difícil que Calvo y Montero Barrantes en Costa Rica; Pérez y Auyón en Nicaragua; Cevallos y Reyes en El Salvador; Durón en Honduras, Montúfar y Coronado y Marure en Guatemala, pudiesen escaparse a este juicio que los historiadores hacemos actualmente de la historiografía decimonónica en su conjunto y en la cual Montúfar Rivera no fue la excepción.

Es más, si cuando uno lee a Montúfar Rivera se ve la influencia de Jerónimo Pérez en toda su obra, cuando se lee a Calvo Mora y a Montero Barrantes, se percibe la influencia de la *Reseña Histórica* del primero, si bien no hay una adscripción abierta a la misma.

¿Pero, cómo concebía el oficio de historiador Montúfar Rivera cuando decide comenzar a escribir su Reseña en 1877?

En el prólogo al primer tomo, asumiéndose como un liberal positivista, aclaraba sobre la dinámica de la Historia, lo siguiente:

“En toda historia domina la incesante lucha entre lo presente y lo pasado, entre los hombres que nos arrastran a la Edad media y los hombres que nos empujan hacia delante”.

“Esta lucha no es propiedad de la América Central; ella se presenta en el orbe entero; pero en aquellos pueblos donde la luz de la civilización no penetra, sus estragos son mayores y sus consecuencias más funestas”.

Asímismo, sobre la decisión metodológica de consolidar su narración interpretativa con un fuerte corpus documental, argumentaba:

“Casi en cada capítulo de esta Reseña se insertan los decretos, los discursos, las proclamas, los manifiestos a que la narración se refiere; sistema que si por una parte hace fastidiosa la obra, por otra eleva el relato a evidencia, primera cualidad del libro histórico”.

“Muy fácil me habría sido referirlo todo con mi propio estilo; pero he preferido a la pueril vanidad de presentar incesantemente redacciones propias, la conveniencia que la juventud conozca a muchos hombres de nuestra historia, no sólo por lo que se dice de ellos, sino por sus discursos, por sus proclamas, por sus decretos, por sus notas oficiales y otras publicaciones suyas”.

El haber ejercido altos cargos políticos, le permitió a Montúfar Rivera recopilar el impresionante cuerpo documental con que arropa su interpretación histórica de Centroamérica para el período 1829 a 1860.

Finalmente, en el prólogo al tomo VII, que es el que nos concierne hoy, agregaba:

“Se ha dicho y se repite diariamente que es muy difícil escribir la historia contemporánea”.

"Yo creo mucho más difícil escribir la historia antigua. Ningún testigo presencial puede venir a justificar sus páginas. Los errores del historiador suelen prevalecer porque muchas veces no hay quien, registrando archivos, y sacudiendo libros viejos, diga: 'esto no fue así'. Los acontecimientos recientes están a la vista de los pueblos. Los actores del drama político, sus hijos, parientes o amigos, viven. Ellos pueden combatir al autor, corregir sus errores y poner en exhibición los sucesos tales como pasaron, para que se depure la verdad".

Esta, no sólo es una visión muy moderna y nada positivista del ejercicio histórico, en el sentido de no temerle a la contemporaneidad, sino que es propia a un hombre que, al igual que sus predecesores Montúfar y Coronado, Marure, Molina, Pérez, polemizaba con las ideas y las hipótesis interpretativas de sus colegas, liberales y conservadores, aunque no citase con justeza lo leído.

Todos convendrán conmigo, uno preferiría ser citado más bien por lo que propone como interpretación histórica de lo que se investiga y no sólo por lo que informa de la misma, como es el caso más corriente en Centroamérica debido a una carencia de profesionalismo.

En pocas palabras, gracias a la labor de los editores de este volumen, don Carlos Meléndez y Raúl Aguilar Piedra, a quienes los felicito por su valentía editorial, hoy vuelve a cobrar importancia la figura de este historiador nacido en Guatemala, que reconoce no haber consultado todas las fuentes —como en el caso de *El Nicaragüense*, el periódico de Walker—, pero quien osó escribir la historia de su presente histórico sin rehuir la polémica, la que dura hasta hoy, y para ello se apoyó en su papel de actor político e intelectual de primera línea en Centroamérica durante el siglo XIX. Por ello, valdría realmente la pena que de ahora en adelante se le consultase como fuente, que se hiciese un estudio de su aporte historiográfico y que se le viese como un político costarricense, que sirvió y amó a su país de adopción.